



II.

PERA el último domingo de Julio, día de la fiesta de Montson. El sábado por la tarde, las amas de casa habían fregado las salas bajas, baldeándolas con cubos de agua echados en el suelo y contra las paredes, y el pavimento no estaba todavía seco, á pesar de la arenilla blanca que le habían echado, sin reparar en gastos, porque aquello era un verdadero lujo para sus escuálidas bolsas. El día amaneció caluroso; era uno de esos días sofocantes, amenazadores de tempestad, tan frecuentes en los países del Norte.

Los domingos se variaban las horas de levantarse en casa de los Maheu. Mientras el padre, á las cinco de la mañana, harto ya de cama, se vestía, los hijos permitíanse el lujo de dormir hasta las nueve. Aquel día Maheu salió al jardín á fumar una pipa, y luego volvió á entrar en la casa, y se

comió una tostada de pan y manteca para hacer tiempo y no aburrirse. Así pasó la mañana sin saber cómo, componiendo una pata de la mesa que estaba despegada, y pegando en la pared, debajo del reloj, un retrato del Emperador, que habían regalado á sus hijos.

Todos fueron bajando uno á uno; el abuelo *Buenamuerte* había sacado una silla á la calle para sentarse á tomar el sol; la madre y Alicia habían empezado desde luego á trabajar en la cocina. Catalina apareció con Leonor y Enrique, á quienes acababa de vestir; y ya daban las once, y la casa estaba impregnada del olor que despedía un guisado de conejo con patatas puesto á la lumbre temprano, cuando se presentaron Zacarías y Juanillo con los ojos hinchados de dormir y bostezando todavía.

Todo el barrio estaba en movimiento ya, animado por la fiesta, y cada cual apresurándose á comer para dirigirse en grandes grupos en dirección á Montson. Cuadrillas de chicos galopaban por las calles; multitud de hombres en mangas de camisa hacían sonar las zapatillas que llevaban en chancleta con esa pereza característica de los días de descanso. Las ventanas y las puertas, abiertas todas de par en par á causa del calor, permitían ver la fila de salas limpiadas de la víspera, y animadísimas por la alegre charla y el reír bullicioso de todas las familias. Por todas partes olía á conejo guisado; un olor de cocina rica, que aquel día combatía al inveterado perfume de la cebolla frita.

Los Maheu comieron á las doce en punto. No se mezclaban gran cosa en la algazara general, ni hacían mucho caso de los chismes y los gritos que se cruzaban de casa á casa, pidiéndose cosas prestadas, y hablando de todo un poco, y un mucho de lo que se iban á divertir en la fiesta del pueblo. Es verdad que hacía tres semanas que se habían enfriado sus relaciones con sus vecinos los Levaque, con motivo de la boda de Zacarías y Filomena. Los hombres se veían de cuando en cuando; pero las mujeres estaban como si no se hubieran conocido en la vida. Esta cuestión estrechó los lazos de amistad con la mujer de Pierron. Pero ésta, dejando á Pierron y á Lidia al cuidado de su madre, se había marchado desde muy tempranito aquella mañana á pasar el día en casa de una prima suya, que habitaba en Marchiennes; y todos bromeaban, porque ya sabían quién era la tal prima: tenía bigote, y era capataz mayor de *La Voreux*. La mujer de Maheu declaró que no estaba bien dejar sola á la familia en un día tan solemne como aquel.

Además del conejo guisado con patatas, al que habían estado engordando durante un mes, los Maheu tenían sopa y carne para celebrar la fiesta. Precisamente el día antes se había cobrado la quincena. No recordaba haberse regalado de tal modo nunca. Ni siquiera cuando las fiestas de Santa Bárbara, durante las cuales los mineros no trabajaban en tres días, había estado tan rico el conejo. Así es,

que los diez pares de mandíbulas que había en la casa, desde las de Estrella, á quien empezaban á salir los dientes, hasta las de *Buenamuerte*, al cual apenas le quedaba ninguno ya, trabajaban con tal ardor, que ni los huesos quedaron en los platos. La carne era buena; pero la digerían mal, porque no estaban acostumbrados á comerla. No quedó más que un poco de caldo para por la noche. Si tenían hambre, harían tostadas con manteca.

Juanillo fué el primero que desapareció; Braulio le esperaba al otro lado del jardín. Los dos rondaron largo rato por allí antes de poder arrancar de su casa á Lidia, á quien retenía la *Quemada*, porque había resuelto no salir y que no saliera la chiquilla. Cuando advirtió la fuga de la muchacha, gritó y se enfureció, agitando en el aire sus escuálidos brazos, mientras Pierron, aburrido de oírla chillar, se fué de paseo, con el aire de un marido que sale á divertirse sin remordimientos, sabiendo que su mujer se divierte también por otro lado.

Luego se marchó el viejo *Buenamuerte*, y Maheu se decidió también á tomar un poco el aire, después de convenir con su mujer en que se reunirían en el pueblo. Ella al principio se negaba, porque le era imposible ir á ninguna parte con los chiquillos; luego dijo que quizá pudiese, que lo pensaría despacio, y por fin accedió á lo que su marido le pedía, prometiéndole que iría á buscarle para volver juntos á casa. Cuando se vió en la calle, titubeó un momento, y por fin se decidió á entrar en casa

de los vecinos á ver si Levaque estaba listo; pero se encontró allí á Zacarías, que estaba esperando á Filomena, y la mujer de Levaque planteó su eterna cuestión del casamiento de los chicos, diciendo que se burlaban de ella, y que tendría una explicación decisiva con la mujer de Maheu. ¡Estaba bonito que tuviera ella que cargar con los hijos de su hija, que no tensan padre, mientras Filomena se iba por ahí á gozar con su amante! La joven acabó de ponerse tranquilamente la cofia, y Zacarías se la llevó, diciendo que él, por su parte, era gustoso en casarse, siempre que su madre consintiese. Como Levaque había salido ya, Maheu dijo á la vecina que se entendiera con su mujer, y se marchó también apresuradamente. Bouteloup, que estaba comiendo un pedazo de queso, con los codos apoyados en la mesa, se negó obstinadamente á aceptar el convite que le hacía de ir á tomar un jarro de cerveza. Se quedaba en casa, como buen marido.

Poco á poco, el barrio de los obreros iba quedando desierto. Los hombres, todos se habían marchado, mientras sus hijas, que en las puertas de sus casas los observaban, se iban en seguida, en dirección opuesta, del brazo de sus queridos. Cuando su padre desaparecía por la esquina de la iglesia, Catalina, que vió á Chaval, se dió prisa para reunirse con él, y tomar, cogida de su brazo, el camino de Montson. Y la madre, que se había quedado sola y rodeada de los chicos pequeños, no

teniendo ánimos para moverse de la silla, se sirvió otro vaso de café, que empezó á beber á pequeños sorbos. En el barrio no quedaban ya más que las mujeres casadas, invitándose unas á otras á tomar algo, y acabando de vaciar las cafeteras en derredor de las mesas, llenas aún de restos de comida.

Maheu suponía que Levaque estaba en la taberna de Rasseneur, y tomó el camino hacia allí, pero sin darse prisa. En efecto: detrás de la casita, en el jardinillo cerrado por una tapia, Levaque jugaba á los bolos con otros compañeros. En pie y sin jugar, los dos viejos, *Buenamuerte* y Mouque, seguían las bolas con la vista, de tal modo absortos en su contemplación, que no hablaban ni una sola palabra. El sol caía á plomo, y no se disfrutaba más que un poquillo de sombra arrimándose á la pared de la casa; allí estaba Esteban, sentado junto á una mesa con un jarro de cerveza delante, y aburrido porque su amigo Souveraine acababa de dejarle para subir á su cuarto. Casi todos los domingos el maquinista se encerraba á leer ó á escribir.

—¿No juegas?—preguntó Levaque á Maheu.

Pero éste rehusó. Tenía mucho calor, y estaba ya muriéndose de sed.

—¡Rasseneur!—gritó Esteban.—Trae un jarro. Y volviéndose á Maheu:

—Oye, yo pago.

Ya se tuteaban todos.

Rasseneur no tenía prisa, por lo visto, y hubo que llamarle tres veces; al fin su mujer fué la que,

con aquel ademán cortés que le era habitual, llevó lo que habían pedido. El joven había bajado la voz para quejarse de la casa; eran buenas gentes, que tendrían ideas laudables, pero la cerveza que daban era insoportable, y en cuanto á las comidas, además de no ser limpias, no había quien pudiera tragárselas. Ya se hubiera mudado mil veces de casa, si no temiera ir á vivir á Montson, que estaba tan lejos de la mina. Tendría que acabar buscando una familia de las del barrio de los obreros que quisiera darle habitación y ropa por un tanto mensual.

—Verdaderamente, verdaderamente—repetía Maheu con su reposado tono—estarías mucho mejor viviendo en familia.

Pero en aquel momento se oyeron grandes gritos. Levaque acababa de derribar todos los palos á la vez. Mouque y *Buenamuerte*, con la cabeza baja, en medio del ruidoso aplauso general, guardaban un silencio de aprobación profunda. Y el gozo de ver semejante jugada, se desbordó en bromas y chacota, sobre todo cuando los jugadores vieron aparecer por encima de la tapia la cabezota y la robusta cara de la Mouquette.

Hacía una hora que estaba rondando por aquellos andurriales, y al oír los gritos y las risas, se había atrevido á asomarse.

—¿Cómo es eso? ¿Estás sola?—le gritó Levaque.—¿Pues y tus novios?

—Los he despedido á todos—contestó ella con impúdica alegría.—Esto y buscando ahora otro.

Todos se le ofrecieron, prodigándole multitud de palabras de doble sentido; pero ella á todos les decía que no con la cabeza, se reía á más y mejor, y estaba más amable que nunca. Su padre presenciaba la escena sin quitar la vista de los palos derribados por Levaque.

—¡Anda, anda!—continuó éste, mirando al sitio donde se hallaba Esteban.—Ya sabemos detrás de quién andas... Pero se me figura que tendrás que conquistarle á la fuerza.

Esteban á su vez comenzó á bromear. En efecto: á él era á quien buscaba la joven. El minero la decía siempre que no, con la cabeza, divirtiéndose, pero sin gana ninguna de dejarse conquistar. La Mouquette permaneció inmóvil algunos minutos más detrás de la tapia, y contemplándole con tiernos ojos; luego se alejó lentamente, poniéndose de pronto seria y como anonadada por el dolor.

Esteban, á media voz, seguía dando á Maheu explicaciones sobre lo preciso que era para los carboneros de Montson el establecimiento de una Caja de Ahorros.

—Puesto que la Compañía dice que nos deja en libertad—preguntaba el joven,—¿qué tememos? Indudablemente ella tiene señaladas sus pensiones; pero las distribuye á su antojo y con razón, puesto que no nos descuenta nada. Pues bien: sería muy conveniente formar una Sociedad de Socorros Mutuos, con la cual pudiéramos contar, al menos, en caso de inmediata necesidad.

Y el obrero entraba en pormenores, discutiendo la organización y ofreciéndose él á tomar sobre sí todo el trabajo.

—Yo, por mi parte—dijo Maheu convencido,—estoy dispuesto á contribuir con lo que sea. Pero los otros... Procura decidir á los demás.

Levaque había ganado la partida; los jugadores dejaron las bolas para tomar cerveza. Maheu se negó á beber otro jarro por entonces; luego vería, puesto que quedaba mucho tiempo hasta la noche. Se acordó de Pierron. ¿Dónde estaría? Sin duda en la taberna de Lenfant. Animó á Levaque y á Esteban, y los tres se marcharon en dirección á Montson, en el momento que otro grupo invadía el juego de bolos, preparándose á jugarse nuevos jarros de cerveza.

En el camino hubo que entrar en la taberna de Casimiro y en el cafetín del Progreso. Los amigos los llamaban desde las puertas, y no había medio de decir que no. Cada vez se bebían un jarro, ó dos si correspondían con otro convite. Se estaban allí cosa de diez minutos, charlaban cuatro palabras, y continuaban su camino muy tranquilos, sabiendo muy bien la cerveza que podían tomar impunemente. En la taberna de Lenfant vieron en seguida á Pierron, que acababa de propinarse su segundo *chope*, y por no negarse á brindar con ellos, se bebió el tercero. Ellos, por decontado, bebieron los suyos correspondientes. Los cuatro, reunidos, salieron á la calle con el propósito de ver si Zacarías estaba en la ta-

berna de Tison. No había nadie allí; sentáronse en una mesa para esperarle, y pidieron otro jarro de cerveza. Luego pensaron en el cafetín de San Eloy, donde tuvieron que aceptar una ronda del capataz Richomme, y así siguieron de taberna en taberna, recorriendo las estaciones, como ellos decían, sin más objetivo que pasear y pasar el rato.

—¡Vámonos al *Volcán!*—dijo de pronto Levaque, que iba estando alegre.

Los otros se echaron á reir; y aunque vacilando, al cabo acompañaron á su amigo, atravesando aquellas calles, cada vez más animadas, en medio del estrépito creciente de la fiesta del pueblo. En la sala, larga y estrecha del *Volcán*, sobre un tabladillo raquíptico levantado en un extremo, cinco cantantes, última escoria de las mujeres públicas de Lilla, cantaban y bailaban con desvergüenza, luciendo sus escotes monstruosos; y los concurrentes daban diez sueldos cuando querían irse con una á pasar un rato detrás del tablado. Excusado es decir que frecuentaba semejante tugurio toda la juventud minera, desde el cortador de arcilla hasta el último mozalbete de quince años, y que se bebía mucha más ginebra que cerveza.

También solían ir algunos mineros formales, maridos que vivían en continua pelotera con su mujer, y que no podían resistir las miserias de la vida doméstica.

Cuando los cuatro amigos hubieron tomado asiento en derredor de una mesa del café cantante, Es-

teban la emprendió con Levaque, explicándole su idea y su propósito de fundar una Caja de Socorros. El joven tenía el sistema de obstinada propaganda, propio de los neófitos que se creen en el deber de cumplir una misión sagrada.

—Cada cual—repetía—puede muy bien dar veinte sueldos todos los meses. Con esos veinte sueldos acumulados, tendríamos en cuatro ó cinco años un buen capital; y cuando se tiene dinero, se es fuerte: ¿no es verdad? En todas las ocasiones y en todas las circunstancias. ¡Eh! ¿Qué te parece?

—Yo no digo que no—respondió Levaque, con aire distraído.—Ya hablaremos.

Una rubia gorda y desvergonzada le estaba excitando, y se empeñó en quedarse en el café cuando Maheu y Pierron, después de haberse tomado su ración de cerveza, quisieron marcharse, sin esperar á que cantaran otra cosa.

En la calle, Esteban, que iba con ellos, encontró á la Mouquette, que parecía haberlos seguido y que continuaba mirándole con sus ojazos picarescos y riendo con la mayor amabilidad, como diciéndole: «¿Quieres?»

El joven se encogió nuevamente de hombros, y la dió una broma. Entonces ella hizo un gesto cólerico, y se alejó, desapareciendo entre la muchedumbre.

—¿Dónde estará Chaval?—preguntó Pierron.

—Es verdad—dijo Maheu.—De seguro estará en casa de Piquette... Vamos allá.

Pero al llegar al café de Piquette se detuvieron en la puerta, poniendo oído al estrépito que de allí salía. Debían estar riendo. En efecto: Zacarías amenazaba con el puño á un individuo, gordo y flemático, mientras que Chaval, con las manos tranquilamente metidas en los bolsillos, los miraba.

—¡Hola! Ahí está Chaval—dijo Maheu, con su calma habitual.—Está con Catalina.

Hacía ya más de cinco horas que ésta y su querido andaban por la feria, que estaba colocada á lo largo del camino de Montson, de aquella anchurosa calle de bajas y pintarrajeadas casitas, por donde paseaba lentamente y sin cesar una muchedumbre abigarrada, parecida á las hormigas que salen á tomar el sol. El eterno barro negruzco se había secado, y del piso subía una nube de polvo denso, y negruzco también, semejante á una nube de tormenta. En una y otra acera, las tabernas y tenduchos, repletos de gente, habían puesto mesas en la calle, y alternaban con multitud de puestos ambulantes, verdaderos bazares al aire libre, donde se veían gorros y pañuelos, espejillos para las chicas y navajas para los muchachos; sin contar los dulces, pasteles y chucherías que se vendían por todas partes.

En la plaza de la iglesia se tiraba al arco; enfrente de las canteras habían establecido dos juegos de bolos; en la esquina del camino de Joiselle, junto al palacio del Consejo de Administración de la Compañía, en un solar cerrado con tablones, se

entretenía la gente en presenciar riñas de gallos, entre los cuales había dos muy grandes, con espiones postizos de hierro y el pescuezo chorreando sangre. Más allá, en casa de Maigrat, se jugaba al billar, interesando pantalones y delantales.

Y de cuando en cuando se producía un silencio prolongado; la muchedumbre estaba bebiendo, se atracaba sin hablar, buscando una indigestión de cerveza y patatas fritas, en medio de aquel calor sofocante, aumentado por la lumbre de los freideros que humeaban en la calle.

Chaval compró, para Catalina, un espejo de diecinueve sueldos y un pañuelo de tres francos. A cada vuelta que daban, se cruzaban con Mouque y con *Buenamuerte*, que habían ido á la feria, y la recorrían, arrastrando sus piernas, que, molestadas por el reuma, casi se negaban á llevarlos.

Pero otro encuentro les indignó; vieron á Juanillo que excitaba á Braulio y á Lidia para que robasen botellas de ginebra en un puesto ambulante, colocado ya casi á la salida del pueblo.

Catalina no tuvo tiempo más que de dar una botellada á su hermano, que ya corría con una botella debajo del brazo. Aquellos malditos chicos pararían en la cárcel. Entonces fué cuando al pasar por delante del cafetín de la *Cabezacortada*, Chaval tuvo la idea de hacer entrar á su querida para asistir á un concurso de jilgueros, que estaba anunciado en la puerta desde muchos días antes. Quince obreros de las ferreterías de Marchiennes habían

acudido á luchar por el premio que se ofrecía, cada uno con una docena de jaulas; y las jaulitas tapadas, donde los pobres jilgueros se hallaban á oscuras y sin atreverse á mover, habían sido colgadas en las paredes del cafetín. Tratábase de ver cuál de ellos, en el transcurso de una hora, repetiría más veces su canto favorito. Cada herrero, con una pizarra en la mano, estaba en pie delante de sus jaulas, haciendo apuntes, interviniendo las operaciones de los demás, de igual manera que los otros intervenían las suyas. Y los jilgueros comenzaron á trinar, primero con timidez, no atreviéndose á lanzar más que algún que otro gorgorito; pero poco á poco, entusiasmándose, excitados unos con otros, y finalmente trinando delirantes con el afán de la emulación, tan exagerado en algunos, que caían muertos por el esfuerzo. Los herreros los animaban con la boca para que cantaran, y cantaran, y cantaran sin cesar, á fin de ganar el premio, mientras los espectadores, un centenar de personas próximamente, permanecían silenciosos, muy interesados, en medio de aquella música infernal de ciento ochenta jilgueros, repitiendo todos la misma cadencia, pero en distinto tiempo.

Precisamente, al entrar Chaval y Catalina, vieron á Zacarías y á Filomena, que también estaban allí. Saludáronse, dándose un apretón de manos, y se pusieron á charlar; de pronto Zacarías se enfadó, viendo á un herrero que había ido, por curiosidad, con sus compañeros los de los pájaros, pe-

lizando á su hermana en los muslos; y ella, colocada como la grana, le hacía señas para que callase, temerosa de que se armara una disputa y cayesen todos aquellos herreros sobre Chaval, si se disgustaba de que la tocaran. Había sentido el teje-maneje de aquel hombre, pero disimulaba por prudencia. Al fin salieron de allí los cuatro, y la cuestión pareció terminada sin ulteriores consecuencias.

Pero hete aquí que apenas entraron en el café de Piquette, se presentó el herrero de los pellizcos, burlándose de ellos, y mirándolos con aire de provocación. Entonces Zacarías sacó la cara por los de la familia, y se lanzó contra el insolente.

—¡Es mi hermana, canalla!... ¡Espera, por vida de... y yo te la haré respetar!

Interpúsose gente entre los dos hombres, mientras Chaval, muy tranquilo, repetía:

—Déjalo; eso es cuenta mía... Te digo que no me importa.

Maheu llegó con sus amigos en aquel momento, y tranquilizó á Filomena y á Catalina, que estaban llorando. Pero la gente se reía, porque el herrero había desaparecido sin saber cómo. Para que todo se olvidase, Chaval, que estaba allí en su casa, convidó á cerveza. Esteban tuvo que brindar con Catalina; todos bebieron juntos: el padre, la hija y su amante, el hijo y su querida, diciendo unos y otros cortésmente: «A la salud de la Compañía.» Luego Pierron se empeñó en pagar una ronda, y

ya se había convenido en ello, cuando Zacarías, al ver á su amigo Mouque, pareció enfurecerse de nuevo. Le llamó para ir, según decía, á darle su merecido al bribón del herrero, que se le había escapado.

—¡Lo voy á reventar!... Mira, Chaval; ahí te quedas con Filomena y Catalina... Vuelvo en seguida.

Maheu á su vez convidó también. Después de todo, si su hijo quería vengar la ofensa hecha á su hermana, la cosa era natural. Pero Filomena, tranquila al ver que se había ido con Mouque, meneaba la cabeza de un modo singular. Estaba segura de que los dos tunantes iban al *Volcán*.

Todos los días de feria, la función se acababa en el baile de la *Alegria*. La viuda Desir era la empresaria de aquel salón de baile: una jamona de cincuenta años, de una redondez de tonel; pero tan verde, que se permitía el lujo de tener seis amantes, uno para cada día de la semana, y los seis para los domingos, según ella decía. Llamaba sus hijos á todos los mineros de los alrededores; se enternecía al pensar en los ríos de cerveza que les había servido durante treinta años, y se vanagloriaba también de decir que ni una muchacha siquiera se había quedado jamás embarazada sin bailotear antes de lo lindo en su casa. La *Alegria* se componía de dos salas; la taberna, donde se hallaba el mostrador y las mesas, y el salón de baile, anchurosa habitación, entarimada en el centro y enlosa-

da con ladrillos todo alrededor. Estaba adornada con dos guirnaldas de flores de papel, que cruzaban de un ángulo á otro del techo, y se reunían en el centro por medio de una corona hecha también de flores de la misma clase, mientras en las paredes se veían estampas con filos dorados representando Santos, San Eloy, San Crispín, patrón de los zapateros, Santa Bárbara, patrona de los mineros, y otros.

El techo estaba tan bajo, que los tres músicos, subidos en tabladillo del diámetro de un púlpito, se golpeaban la cabeza contra él.

Para alumbrar el salón por las noches, colgaban cuatro lámparas de petróleo, una en cada rincón de la sala.

Aquel domingo estaban bailando desde las cinco de la tarde, á la luz que entraba por los ventanas, abiertas de par en par. Pero á las siete fué cuando se llenó el salón. En la parte de afuera se había desencadenado un vendaval espantoso, levantando nubes de polvo negro que cegaba á las gentes y ensuciaban las patatas fritas que había en los puestos de la feria.

Maheu, Esteban y Pierron, que habían entrado á sentarse un rato, acababan de encontrar en la *Alegría* á Chaval, que bailaba con Catalina, mientras Filomena, sola, los miraba tristemente. Ni Levaque, ni Zacarías habían parecido. Como no había bancos desocupados, Catalina se reservaba para después de cada baile un sitio en la mesa de su

padre. Llamaron á Filomena; pero ésta dijo que se hallaba mejor en pie. Empezaba á anochecer; los tres músicos tocaban con entusiasmo, y en la sala ya no se veía más que el movimiento acompasado de las caderas y de los pechos en medio de una indescriptible confusión de brazos. Una gritería espantosa acogió la aparición de las cuatro lámparas, y de pronto todo se iluminó; los rostros arrebatados y sudorosos, los cabellos desgredados y pegados á la piel de las frentes, y las faldas volando por el aire y recogiendo como abanicos el olor fuerte que despedían aquellas parejas agitadas y llenas de sudor. Maheu, riendo, se dirigió á Esteban, señalándole á la Mouquette, que, á pesar de su talle de tonel, bailaba como una peonza entre los brazos de un minero delgaducho como un alambre: indudablemente procuraba consolarse con otro hombre.

A las ocho de la noche apareció la mujer de Maheu, llevando en brazos á Estrella, y seguida de los dos chicuelos Enrique y Leonor. Iba allí á buscar á su marido, segura de que le encontraría. Más tarde cenarían, porque nadie tenía gana, sino, por el contrario, sentían todos el estómago cargado de café y de cerveza. Empezaron á llegar otras mujeres casadas, y pronto se cruzaron rumores y cuchicheos al ver que detrás de la mujer de Maheu entraba la de Levaque, acompañada por Bouteloup, que llevaba de la mano á Aquiles y á su hermana, los chiquillos de Filomena. Y las dos vecinas parecían ser muy amigas y estaban muy comunicativas

la una con la otra. Por el camino habían tenido una explicación formal; la mujer de Maheu se había resignado bruscamente al casamiento de Zacarías, rabiosa por perder el dinero de su hijo mayor; pero consolada con la idea de que era una injusticia seguir sosteniendo aquella situación imposible. Procuraba, por lo tanto, poner buena cara; pero por dentro iba la procesión, como se dice vulgarmente; pues, como buena mujer de su casa, devanábale los sesos para discurrir el medio de sustituir los ingresos del jornal de Zacarías.

—Siéntate ahí, vecina—dijo á la mujer de Levaque, señalando á una mesa próxima á la que ocupaban Maheu, Esteban y Pierron.

—¿No está mi marido con vosotros?—preguntó la de Levaque.

Los amigos le contestaron que volvía en seguida. Todos callaban, incluso Bouteloup y los chiquillos, que estaban tan estrechos entre tanta gente, que las dos mesas formaban una sola. Pidieron cerveza. Al ver á su madre y á sus hijos, Filomena se había acercado á la reunión. Aceptó una silla, y pareció satisfecha al saber que al fin iba á casarse; luego, cuando la preguntaron por Zacarías, respondió con voz tranquila:

—Le estoy esperando; anda por ahí.

Maheu había cruzado una mirada de inteligencia con su mujer. ¿Consentía al cabo en la boda? También él se puso serio, y siguió fumando sin hablar palabra. A su vez se preocupaba, pensando

en el mañana, ante la ingratitud de aquellos hijos que se iban casando uno á uno, y dejando á sus padres en la miseria.

La gente joven seguía bailando; el final de una danza desenfrenada envolvía el salón en una nube de polvo; el entarimado crujía, y el cornetín de un músico sonaba desesperada y desentonadamente, como el silbato de una locomotora pidiendo auxilio; cuando concluyó el baile, volvieron á aparecer las parejas, echando humo, como si fuesen caballos.

—Oye—murmuró la mujer de Levaque, acercándose al oído de la de Maheu,—¿no hablabas de ahogar á Catalina como hiciese tonterías?

Chaval acompañaba en aquel momento á su querida á la mesa donde estaba la familia, y ambos en pie, detrás de su padre, acababan de beberse los vasos de cerveza que habían empezado antes de salir á bailar.

—¡Bah!—dijo la de Maheu con ademán resignado.—Eso dicen. Pero lo que me tranquiliza es, que no puede tener hijos todavía; estoy segura de ello... No faltaba más, sino que los tuviera, y me viera obligada á casarla también... ¿Qué iba á ser de nosotros entonces?

El cornetín preludiaba una polka, y mientras empezaba de nuevo el estrépito de la danza, Maheu comunicó á su mujer una idea que acababa de ocurrírsele. ¿Por qué no habían de tomar un huésped; Esteban, por ejemplo, que andaba buscando casa? Tendrían sitio, puesto que Zacarías se mar-

chaba, y el dinero que perdían por un lado, lo ganarían así, en parte al menos, por el otro. En el semblante de la mujer de Maheu se retrataba el buen efecto producido por aquella proposición; indudablemente era una buena idea, y precisaba arreglarlo. Creyéndose de nuevo á salvo del hambre, se puso contenta, y pidió que llevaran otra ronda de cerveza.

Esteban, entre tanto, procuraba instruir á Pierron, al cual explicaba su proyecto de una Caja de Socorros. Le había hecho ya prometer que se adheriría, cuando tuvo la imprudencia de descubrir su verdadero objeto.

—Y si nos declaramos en huelga, ya comprenderás la utilidad de esos fondos. Nos tendrá sin cuidado la Compañía, nos reiremos de ella, y contaremos con dinero para resistir... ¿Eh? ¿Qué dices á eso?

Pierron había bajado la vista, palideciendo á la idea de comprometerse, y tartamudeó:

—Lo pensaré... La mejor Caja de Socorros es portarse bien.

Entonces Maheu prendió la hebra con Esteban, ofreciéndole tomarlo de huésped, sin andarse con ambages y rodeos. El joven aceptó del mismo modo, porque estaba deseando vivir en el barrio de los obreros, á fin de hallarse más en contacto con sus compañeros. Una vez convenida la cosa, la mujer de Maheu declaró que era menester esperar á que Zacarías se casara.

Al fin, en aquel momento se presentaba en el salón el hijo mayor de los Maheu, acompañado de Mouque y de Levaque. Los tres iban oliendo al *Volcán*, olor de ginebra mezclado al de las mujeres poco limpias que cantaban en aquel café. Estaban muy borrachos; pero parecían satisfechos de sí mismos, y entraban dándose codazos y sonriendo maliciosamente. Filomena, siempre tranquila, dijo que prefería verle reír á que llorase. Como no había más sillas, Bouteloup se estrechó para ofrecer la mitad de la suya á Levaque. Y éste, enternecido al ver allí á todos reunidos, convidó otra vez á cerveza.

—¡Por vida de Dios! Bebamos, porque no nos vemos á menudo todos reunidos y divirtiéndonos tanto.

Allí permanecieron hasta las diez. Seguían llegando mujeres en busca de sus maridos. Poco á poco se reunieron inmensos grupos de chiquillos, que iban detrás de ellas; y las madres, sin recato alguno, sacaban sus pechos largos y rubios como sacos de avena, y daban de mamar á los chiquitillos, mientras sus hermanos, ya mayorcitos, andaban en cuatro piés por debajo de las mesas, solazándose con el mayor cinismo. Se había gastado un mar de cerveza; los toneles de la señora Desir estaban casi desocupados; la cerveza redondeaba las panzas, y chorreaba por todas partes, por las narices, por la barba, por el pecho. Tantas eran las apreturas, que cada cual tenía un codo ó una rodilla clavado en

su vecino; todos estaban, sin embargo, alegres, y satisfechos, y charlatanes. Una carcajada sin interrupción tenía las bocas constantemente abiertas de oreja á oreja. Hacía tanto calor como dentro de un horno; todos se desabrochaban para estar más cómodos; y el único inconveniente era la necesidad frecuente de levantarse. De cuando en cuando una mujer abandonaba su asiento, se iba al patinillo junto á la bomba del pozo, se levantaba las sayas, y se volvía á su sitio. Los que bailaban no se veían ya, envueltos como estaban en una nube de polvo denso, lo cual animaba á los muchachos á tomarse ciertas libertades con sus parejas, seguros de que nadie lo notaba. Alguna pareja se caía al suelo; pero cuando esto sucedía, el cornetín soplabá más de prisa, y el compás se aligeraba, y las demás parejas, como torbellinos, pasaban por encima de los que estaban en el suelo.

Un vecino que entraba en aquel momento advirtió á Pierron que su hija Lidia, borracha, estaba durmiendo en la calle.

Se había bebido su parte de la botella robada, y, borracha como una cuba, había podido llegar hasta allí, dando tumbos, mientras Juanillo y Braulio, un poco más fuertes, la seguían, riéndose de ella.

Aquella fué la señal para marcharse: las familias salieron del salón de la *Alegría*; los Maheu y los Levaque decidieron volver á su casa. A aquella hora el tío *Buenamuerte* y su amigo el viejo Mouque salían también de Montson con su paso acos-

tumbrado de sonámbulos, y, como siempre, encerrados en el silencio de sus recuerdos. Todos emprendieron el camino reunidos, pasaron otra vez por la feria, donde ya estaban apagando los freideros y retiraban las mesas de las tabernas, chorreando ginebra y cerveza por todas partes. El tiempo seguía amenazando tempestad; hacía un calor sofocante. Al salir á lo oscuro del camino, oyóse reír alegremente, en la oscuridad, en todas direcciones. Resoplidos ardientes y suspiros ahogados salían de entre los trigos, y aquella noche de seguro influyó mucho en el aumento de población de Montson y de los alrededores. Llegaron al barrio de los obreros á la desbandada. La mujer de Pierron no había vuelto aún á su casa. Ni los Levaque ni los Maheu cenaron con apetito.

Esteban se había llevado á Chaval, para beber otro poco con él en casa de Rasseneur.

—¡Comprendido!— dijo Chaval, cuando su compañero le hubo explicado lo de la Caja de Ahorros.—¡Chócala! ¡Tú eres de los buenos!

Un principio de embriaguez hacía brillar los ojos de Esteban, que exclamó:

—Sí, estamos de acuerdo... Mira, yo, por la justicia, lo sacrificaría todo: la bebida y las mujeres. ¡No hay más que una cosa que me entusiasme: la idea de que vamos á concluir con todos los burgueses!

